



CAPITULO III

Despedida de las tropas expedicionarias de Cuba.—Salida de Málaga del batallón de Borbón.—Llegada á Cadiz.—Su embarque en el *Montevideo*.—Despedida del pueblo coruñés á los batallones de Zamora y Reus.—El coronel señor Izquierdo.—Arenga á los soldados.—Su embarque en el *Reina Maria Cristina*.—Valencia al batallón de Guadalajara.—Zaragoza al batallón de Gerona.—Fiesta militar.—Detalles de patriotismo.—La villa de Olot al batallón de Aragón.—Alocuciones del alcalde de Olot al pueblo y á los soldados.—Llegada de las tropas expedicionarias á Barcelona.—Su embarque en el *Alfonso XII*.—Despedida del pueblo de Madrid al batallón de San Fernando.—Escenas conmovedoras.



ARIÑOSA y entusiasta fué la despedida que en todas las poblaciones de España se hizo á las tropas expedicionarias de Cuba.

A las seis de la tarde del 17 de Junio, salió de Málaga para Cadiz en tren que conducía al regimiento expedicionario, al mando del teniente coronel don Emilio Millán Ferriz.

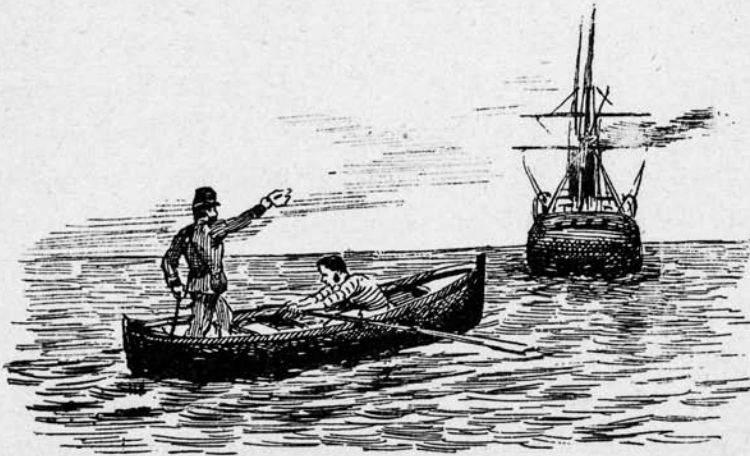
Embarcaron 691 soldados pertenecientes al primer batallón del regimiento de infantería de Borbón, los cuales debían completarse hasta 900 con fuerzas que se hallaban en Cadiz, de los regimientos de Alava y Pavía.

Asistieron al acto, las autoridades locales, civiles y militares y un gentío numeroso del pueblo.

Los soldados iban sin armas, contentos y alegres, y vestían traje de mecánica.

Hubo despedidas enternecedoras y detalles curiosos y conmovedores. Estando la tropa embarcada ya, recibióse un telegrama oficial concediendo permuta á un soldado que la había solicitado.

Un ayudante le buscó, comunicóle la concesión, y el soldado, loco de alegría al recibir la noticia, sin esperar á que abrieran la portezuela del coche, se tiró por la ventanilla y corrió á arrojarle en brazos de su llorosa y desventurada madre, que á pocos pasos contemplaba silenciosa el vagón en que viera entrar á su amado hijo, con el alma aso-



un bote seguía á todo remo al vapor.... (pág. 572)

mado á sus ojos velados por una nube de lágrimas que resbalaban por sus pálidas mejillas.

A las once de la mañana del siguiente día 18 llegó el batallón á Cadiz.

Esperábanle en la estación los generales Rodas y Castillejo, comisiones del Ayuntamiento y de los cuerpos de la guarnición, y varias bandas de música.

Al entrar el tren en agujas, los soldados, asomados á las ventanillas de los coches, agitaban los pañuelos y las banderolas y daban vivas entusiastas á España y á Málaga y Cadiz.

En el andén de la estación había numeroso gentío, entre el que se veían muchas familias de los expedicionarios que habían salido de Málaga en el correo para despedirlos en Cadiz.

Allí esperaban para unirse á sus compañeros de Borbón, los 144 soldados de los regimientos de Alava y Pavia, que debían completar el batallón expedicionario.

* * *

Inmediatamente dirigióse el batallón completo á los muelles, rodeado de numeroso gentío que le aclamaba.

Durante el trayecto las familias de los soldados los abrazaban conmovidos, originándose tristísimas escenas.

El embarque se hizo penosamente por el mal estado del mar, á causa del fuerte viento Sudeste que reinaba; pero sin haber tenido que lamentar accidente ni percance alguno por el acierto con que lo dirigieron las autoridades de Marina.

Las mujeres lloraban, gritando con emocionado acento.

—«Nos quitan lo mejor de cada casa para no devolvérselo ya más.»

Los soldados les respondían:

—«No lloreis por nosotros: la patria nos llama allende los mares, y es preciso ir á defenderla. Pronto volveremos victoriosos.»

El espectáculo era conmovedor.

El muelle durante el embarque ofrecía un aspecto muy pintoresco y animado.

Los soldados formaban vistosos grupos sentados sobre los morrales, y rodeados de sus parientes y amigos, á quienes procuraban consolar y distraer de su tristeza con palabras animosas y esperanzas de un próximo regreso.

Recorrían el muelle infinidad de vendedores ambulantes con comestibles y vinos, que en su entusiasmo ofrecían gratis á los expedicionarios.

El trasbordo al trasatlántico *Montevideo* se hizo difícil y lentamente, á causa del estado del mar.

Los soldados de Extremadura que desde el día anterior se hallaban á bordo del *Montevideo*, recibieron á sus compañeros de expedición con gran alegría y entusiasmo.

En un remolcador colocóse una banda de música que durante el embarque estuvo tocando himnos nacionales, situado en uno de los costados del *Montevideo*.

Embarcaron también 120 soldados del depósito de Ultramar y muchos jefes y oficiales, algunos de los cuales llevaban á sus familias.

Los generales y las comisiones militares fueron á bordo á despedir á los expedicionarios.

En la orden de la plaza del día 18 se publicó una ensusiasta despedida.

Al verificarse el trasbordo de los soldados al vapor *Montevideo*, cayóse uno de éstos al agua por uno de los costados del buque, pudiendo ser sacado, afortunadamente, sin consecuencias.

Algunos reclutas procedentes del depósito de Ultramar, que habían embarcado por la mañana, fueron redimidos á metálico. Sus padres recorrieron desolados las oficinas, temiendo que el vapor marchara llevándose á sus hijos, haciendo inútil su sacrificio.

El *Montevideo* zarpó á las cuatro de la tarde, en medio de los vivas y aclamaciones de unos, y de los suspiros y lágrimas de otros.

Cerca de la punta de San Felipe, observaron los soldados que iban asomados á la mura de popa, que un bote seguía á todo remo al vapor, distinguiéndose de pié en él á un oficial que hacía señas con un pañuelo para que parase.

Advertido el capitán, mandó detener la marcha del buque, pudiendo entónces ser alcanzado este por el bote, en el cual iba el abanderado



DESPEDIDA DE LAS TROPAS EN ZARAGOZA

del batallón de Borbón que se había entretenido y quedado en tierra.

Recogido el rezagado oficial por la tripulación del *Montevideo* volvióse á poner en movimiento la hélice, y pronto la ciudad flotante perdióse en las lejanías del horizonte.

* * *

Desde las primeras horas de la mañana del 20, todo era movimiento y vida en las calles de la Coruña: un movimiento inusitado notábase en toda la población.

Las calles de la carrera que habían de recorrer las fuerzas expedicionarias ostentaban vistosas colgaduras.

A las puertas del cuartel agolpábase gran gentío, ávido de contemplar la salida de las tropas.

El día era espléndido, y el mayor entusiasmo reinaba en la multitud.

La oficialidad de los batallones expedicionarios, con su coronel al frente, despidióse de los generales, y pasó á casa del general Sánchez Bregua, á darle igualmente el adiós de despedida.

El veterano general, emocionadísimo y poseído del ardimiento de sus buenos tiempos, los despidió con sentidas frases.

El cuartel de Alfonso XII, donde se alojaban los batallones de Zamora y Reus, había sido adornado con colgaduras y ofrecía en su interior un aspecto animadísimo.

A él acudieron numerosas comisiones de los diversos cuerpos e institutos de la guarnición, á despedir á sus compañeros.

A las doce y media llegó el general Moltó, comandante general del distrito, acompañado de los generales Pin, Valderrama, Lluch, Caballero y Alasa.

Revistada la fuerza, el general quedó muy complacido del buen aspecto que ofrecía la tropa, que en su mayoría eran mozos del país, recios y fuertes.

El capitán general señor Moltó dirigióles una sentida y patriótica arenga, haciendo brillantes elogios del coronel Izquierdo, que marchaba voluntario mandando su batallón, y terminando con estas frases:

—«Dichosos los que vais á pelear por la patria.

Aquí quedamos nosotros esperando ir á compartir á vuestro lado las glorias de la campaña. Todo os asegura un brillante éxito: para ello, no es preciso sino que conserveis siempre el mismo acatamiento á la disciplina y recordéis que sois españoles.

Día solemne es hoy para todos; hoy que partís de España para ir á defender en la perla de nuestras Antillas, descubierta por el inmortal Colón, y conquistada por nuestros antepasados, la integridad del territorio patrio y la honra de la bandera española».

Con frases entusiastas, cariñosas y llenas de amor patrio, terminó el general enalteciendo al glorioso regimiento de Zamora y dando vivas á España, al ejército, á Galicia y á la Coruña, que fueron entusiásticamente contestados por las tropas.



El coronel señor Izquierdo, en el acto de la jura de la bandera del batallón, dirigió á sus soldados la siguiente arenga:

—«Soldados: muchos de vosotros procedentes de otros cuerpos de esta séptima región, habeis venido á incorporaros al que tengo la honra de mandar. Como soldados españoles que sois, no dudo de que poseis todos la alta virtud y merecimientos que son la característica de nuestro valiente ejército. Por lo tanto, solo una indicación tengo que haceros: la fé que habeis jurado á la bandera de los cuerpos en donde serviais; el valor conque prometisteis defender hasta derramar la última gota de vuestra sangre, siempre que la patria os lo mandare; la constancia conque sin duda alguna habiais de velar, porque se conservaran gloriosas y sin mancilla, es todo lo que reclamo de vosotros para la que desde ahora os cobija á todos: la del regimiento de Zamora.

Ella es gloriosa también: esa enseña que ahí veis, se ha paseado orgullosa é inmarcesible por apartadas regiones, coronando á cuántos al amparo de su sombra protectora marcharon al combate y la vieron tremolar, ya en Flandes, ya en Africa.

Otro tanto espero que sucederá en la campaña que vamos á em-

prender allende los mares, si con alma y vida me prometeis serle fieles y sacrificar por su honor, que es el vuestro y el de España, vuestras vidas cuando preciso sea.»

—¿Lo jurais así?—preguntó el bizarro coronel.

—¡Lo juramos!—contestáronle sus soldados.

—¡Viva España!—gritó entónces el señor Izquierdo—¡Viva el rey!, ¡viva Zamora.

—¡Viva...a!—respondieron con entusiasmo todos los allí reunidos.

* * *

A la una salió la fuerza del cuartel, acompañada de la música que iba tocando el himno del regimiento.

Disparáronse cohetes, y una inmensa multitud que esperaba la salida de las tropas, aclamó con entusiasmo á los soldados.

El día era hermoso: un espléndido sol hacía brillar los colores nacionales de las banderas y colgaduras y arrancaba chispas de luz de las brillantes armas.

De los balcones, cuajados de hermosas damas y bellas jóvenes, caía una lluvia de flores sobre la tropa, que avanzaba difícilmente entre aquel océano viviente; todos querían abrazar ó estrechar la mano á los oficiales y á los soldados; todos se atropellaban para saludar el bizarro coronel Izquierdo.

Las mujeres del pueblo lloraban, entregando furtivamente á los soldados chocolate, limones para preservarse del mareo, tabaco, fruta, y algún dinero.

Todo el tránsito fué una ovación continuada. Al pasar por delante de los edificios donde se hallan instaladas algunas sociedades recreativas, el entusiasmo llegó al delirio, especialmente delante del casino *Reu-*

nión de artesanos y en la calle Real, el espectáculo fué indescriptible.

En la calle de Panaderos un paisano ofreció al coronel de Zamora una corona de laurel y flores naturales.

Los muelles se hallaban abarrotados de gente; el muelle de hierro,



Hubo despedidas enternecedoras... (pág. 569)

el de la Marina, y hasta la costa habían sido invadidos por la multitud, para presenciar desde allí el embarque.

El aspecto de la hermosa bahía durante éste, era magnífico é imponente y quizás nunca visto en la Coruña.

Al començar el embarque, gran parte del público ocupó toda clase



SANGRIENTO COMBATE DEL CACAO

de embarcaciones, las cuales alcanzaron precios considerables, calculándose que fueron más de tres mil personas las que había sobre el agua.

A medida que los soldados iban embarcando en los gabarrones, para transportarlos al Trasatlántico, la muchedumbre los aplaudía y vitoreaba con delirante entusiasmo.

Las bandas de música de Zamora y Reus ejecutaron alegres piezas en el muelle de hierro durante el embarque de las tropas, que se hizo con facilidad y rapidez en las gabarras que para este servicio estaban destinadas, las que iban colocándose unas tras de otras, en condiciones de poder ser remolcadas por los vapores *Cabo Mera* y *J. F.* hasta el buque trasatlántico.

Varias embarcaciones engalanadas con banderas y gallardetes, llevando comisiones oficiales y particulares, pasaron á bordo del vapor correo *Reina María Cristina* que conducía al batallón, tributando á éste una despedida cariñosa y entusiasta.

El Ayuntamiento en corporación fué recibido por el general Moltó, que en nombre del ejército dió las gracias al Municipio de la Coruña por la brillante despedida tributada á las tropas.

* * *

El embarque terminó á las cuatro, y una vez acomodada la tropa, se les repartió un rancho extraordinario.

Más tarde, el capitán del vapor ofreció á los jefes y oficiales un banquete, que fué presidido por el general Moltó.

La música del batallón de Reus tocaba en el muelle la marcha de Cadiz, mientras la de Zamora, colocada en una de las gabarras, lo hacía en uno de los costados del vapor. Este había dado fondo en la ba-

hía á las doce y media y llevaba ya á bordo 500 hombres del regimiento de América.

La fuerza embarcada se componía de 31 sargentos, 49 cabos y 822 soldados. Entre los oficiales iban voluntarios, según pase concedido á última hora, el capitán don Gustavo Izquierdo, hermano del coronel, y el teniente señor Blanco.

Con el coronel señor Izquierdo iba también otro hermano que era teniente, y próximamente se les reuniría en Cuba, otro que era comandante y no pudo acompañarles por hallarse herido en una pierna.

El vapor zarpó á las ocho de la noche, en medio de ruidosas aclamaciones y vítores de la multitud que aguardaba su salida del puerto para dar el adios de despedida á los valientes soldados, y cuyo valor y patriotismo había encomendado la patria la defensa de la integridad de su territorio y el honor de su bandera.

Los vaporcitos le escoltaron hasta fuera de bahía, saludándole con cohotes y luces y dispidiéndole con vivas á España, al ejército y á Cuba española.

* * *

El día 21 zarpó del puerto de Valencia con rumbo á Cuba el vapor trasatlántico *Antonio López*, conduciendo el batallón de Guadalupe.

Los expedicionarios fueron despedidos á bordo por el comandante general de Marina, los generales residentes en la ciudad del Turia, los coroneles de los cuerpos de la guarnición, el alcalde, el Presidente de la Diputación provincial y numerosas comisiones particulares.

Un inmenso gentío acudió á los muelles, y multitud de botes y

lanchas llenos de gente rodearon el buque, para presenciar el embarque y dar un patriótico adiós de despedida á los expedicionarios, presentando aquellos un hermoso golpe de vista y un aspecto muy pintoresco:

Los soldados iban muy animosos. Uno que estaba enfermo en el hospital pidió el día anterior el alta para poder marchar con sus compañeros de armas á defender la honra de la patria en los campos de Cuba.

El alcalde entregó al jefe del batallón expedicionario mil pesetas y varias cajas de habanos para que se obsequiara á los soldados y oficiales.

El Presidente de la Diputación regaló también cigarros habanos á los oficiales y peninsulares á la tropa.

El coronel del regimiento y los oficiales del segundo batallón permanecieron á bordo del trasatlántico *Antonio López* hasta la hora de levar anclas.

Embarcaron también en el buque expedicionario 140 individuos del batallón regional de Baleares.

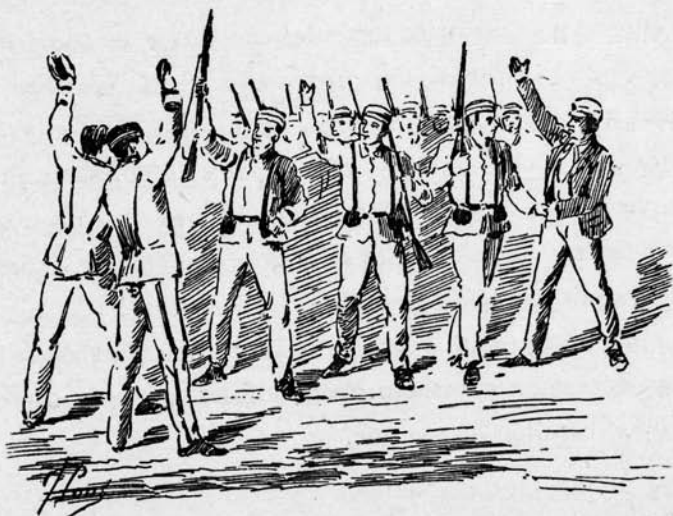
A la una de la tarde se sirvió á bordo del trasatlántico un espléndido *lunch* á los oficiales, y á las cuatro se dió un rancho extraordinario á la tropa.

La despedida fué entusiasta y verdaderamente conmovedora. El jefe del batallón expedicionario, señor Tavira, al zarpar el buque, dió vivas á España, á Valencia y al ejército, que fueron contestados con delirante entusiasmo por la multitud.

* * *

El día 23 celebróse una gran fiesta militar en el campo de San Gregorio, de Zaragoza, para despedir al batallón de Gerona, que debía marchar el siguiente día á Cuba.

Repartióse á los soldados un rancho extraordinario, y á los sargentos un almuerzo de tres platos y vinos generosos.



En todos los labios, el adios; en todos los corazones el ¡viva España!... (pág. 583)

Los jefes y oficiales se reunieron en fraternal y espléndido banquete, que fué servido por el restaurant del *Lyon d' Or*.

A él asistieron, además de la oficialidad del regimiento, el capitán general, señor marqués de Ahumada, el general Losada, jefe interino de la división, y los generales Martitegui y Aizpurúa, que habían sido coroneles del regimiento de Gerona.

Hubo entusiastas y elocuentes brindis, en los que predominó la nota patriótica.

Los soldados hicieron notables experimentos de tiro. Algunos

hubo que hicieron tantos blancos como tiros disparados. Un soldado, entusiasmado al ver caer el blanco, gritó:

—Así caerán los Maceo y Máximo Gómez si se ponen al alcance de nuestros fusiles.

Esta patriótica frase fué muy celebrada entre los que la oyeron.

A las ocho de la mañana del día siguiente, el batallón oyó misa en el santuario de la Virgen del Pilar, repartiéndose á los jefes, oficiales y soldados expedicionarios medallas de plata y escapularios.

A las dos de la tarde, acompañado de un gentío inmenso, dirigióse á la estación férrea, á la que acudieron las autoridades civiles, militares y eclesiásticas, y las corporaciones municipal y de la provincia.

Al partir el tren, los soldados cariñosamente obsequiados y atendidos por todas las clases sociales de la inmortal ciudad, se despidieron con un entusiasta y nutrido grito de ¡viva Zaragoza!

El pueblo zaragozano vivamente impresionado y descubierto en señal de consideración y respeto, respondióles con entusiásticos vivas al ejército y al batallón de Gerona.



Al reseñar *El Diario de Avisos*, de Zaragoza, la conmovedora despedida tributada por los zaragozanos al batallón expedicionario de Gerona, dijo entre otras cosas, lo siguiente:

«Noble Zaragoza: hay que estar orgullosos de ser tus hijos.

Si las pequeñeces de la vida ordinaria te merecen desprecio, cuando tocan á mostrar algo grande, sales del letargo y eres eternamente la misma; la Zaragoza de la Reconquista, la Zaragoza de las libertades patrias, la Zaragoza épica de los sitios.

No; aquí nunca muere el entusiasmo. Se podrá encerrar largo tiempo en una urna, pero nunca se sepulta en una tumba; porque de la

tumba no se sale, y Zaragoza saca sus entusiasmos cuántas veces son necesarios.

Hoy los ha sacado de verdad. ¡Qué despedida al batallón de Gerona! Y hay que tener en cuenta que hacía un calor tropical, horroso, terrible; y que la hora de marcha era las dos de la tarde; y que la estación de Barcelona está lejos, y que en el camino los rayos del sol caían á plomo, abrasadores, sofocantes.

Pues así y todo, Zaragoza estaba en la estación.

¿Clases...? ¿Personas...? ¿Categorías? Allí no había más que españoles: todos éramos unos.

Los entorchados del capitán general se rozaban con la blanca blusa del trabajador; la medalla rectoral del jefe del claustro universitario ha empujado y sido empujada por cientos de personas del pueblo.

Era aquello una mezcla hermosa, una confusión sublime.

En todos los labios, el adios; en todos los corazones el ¡viva España! Nadie lloraba, ni aún las mujeres; porque allí el deber patrio tenía, sin duda, un altar en cada alma.

¿Detalles? Imposible: sólo dos; dos muy grandes, conmovedores, sublimes.

Atravesando el gentío, se ha presentado al bravo coronel de Gerona, señor Alonso, un hombre de edad con el pelo cano.

—Mi coronel—le ha dicho—yo soy un antiguo soldado; yo me he batido en la guerra carlista; yo me he batido en Cuba y quiero ir otra vez á morir por España. Lléveme V. S. en su batallón.

—Lo agradezco y lo siento en el alma; pero no puede ser—ha contestado el señor Alonso, admirando aquella bizarría.

El buen hombre se quedó mohino.

—¿Cómo se llama V., valiente?—le preguntó el coronel.

—Juan Falcón—respondióle con gran modestia el interpelado.

Otro detalle:

Esta mañana se ha presentado al capitán general un mozo joven que dijo llamarse Rufino Antoñanza, hermano de José Antoñanza, soldado del batallón de Gerona que vá á Cuba.

—Mi general—ha dicho—vengo á pedir á V. E. me permita ir á Cuba con mi hermano: somos gemelos é iguales en todo. Si á él lo han sangrado, á mí me han tenido que sangrar también y quiero correr su misma suerte.

—Imposible—le contestó el general.—Usted no es soldado.

—Efectivamente, no soy soldado; pero quiero serlo con mi hermano y esto es lo que he venido á pedir á vueciencia; y si no me dejan ir me pego un tiro.

El general, conmovido ante aquel rasgo de amor fraternal, hizo las gestiones necesarias y los dos hermanos modelos han marchado juntos á correr una misma suerte en los campos de Cuba.»

* * *

La despedida que la villa de Olot hizo al segundo batallón del regimiento de Aragón, fué de lo más entusiasta, de lo más cariñosa y brillante que se ha conocido durante la presente guerra.

No fueron sólo las familias de los soldados, los deudos y amigos los que acompañaron al batallón y salieron á la carretera á despedirle, fué la población en masa. Mujeres, viejos y niños en abigarrado conjunto, en mezcla hermosísima y conmovedora, abandonaron sus hogares, sus faenas y quehaceres para dar el adios de despedida á los que habían sido sus cariñosos compañeros durante el corto tiempo que llevaban de guarnición.

El día 21 de Junio fué un día de duelo y de lágrimas para la liberal villa de Olot.

Debióse uno y otro al patriotismo de aquellos honrados vecinos,



TENIENTE GENERAL DON MARCELO AZCARRAGA
MINISTRO DE LA GUERRA

y á las entusiastas y sentidas alocuciones dictadas por un corazón eminentemente patriota, que el alcalde don Ramón Torras dirigió al pueblo, invitándole á despedir á las tropas.

El distinguido abogado señor Torras fué, sin duda quién despertó

el ánimo y el entusiasmo en los espíritus de sus conciudadanos, y seguro es, que ninguno de ellos olvidará en mucho tiempo, el acto llevado á cabo por su primera autoridad administrativa, que á sus excelentes dotes de carácter reúne una vasta ilustración y un acendrado patriotismo.

Al partir el batallón de la villa para Barcelona, costaba gran trabajo apartar y separar á los vecinos de los soldados, los cuales eran por aquellos abrazados en su camino, interrumpiéndoles su marcha eran verdaderas cadenas las que formaban unos y otros con sus brazos, como si fuertemente unidos trataran de comunicarse mejor sus sentimientos y sus deseos.

El pueblo de Olot en masa salió fuera de los límites de la villa acompañando á los soldados; el espectáculo á más de sentimental y conmovedor resultó vistosisimo por el caprichoso conjunto que formaba la tropa y el pueblo marchando unidos en estrecho abrazo por la carretera.

Cuando llegó el supremo momento de separarse para continuar su marcha, la tropa, y regresar á sus hogares, el pueblo, fué aquello una explosión de toda clase de sentimientos: pesar, disgusto, entusiasmo, lágrimas de emoción que iban á perderse en labios sonrientes, gritos del alma que salían temblorosos y sofocados de pechos agitados por la viva sensación que experimentaban.

Cuando la silueta de los últimos soldados perdióse á lo largo de la carretera, aún resonaban en el espacio las voces de ¡adiós! y los gritos de ¡Viva España! ¡viva Aragón!



El Alcalde de Olot, dando ejemplo de un patriotismo digno de tener

muchos imitadores, publicó las siguientes alocuciones al pueblo olotense, y á los soldados de Aragón.

«Olotenses: la insurrección separatista que nuevelemente ha germinado en la hermosa isla de Cuba, merced á espíritus rebeldes y levantiscos que pretenden, en vano, arrebatar nos aquel pedazo de tierra española, reclama sacrificios á la Nación, y su valeroso ejército es el llamado á sostener enhiesta nuestra bandera inmaculada en aquellas apartadas regiones, luchando hasta vencer ó morir por la integridad de la patria.

Al regimiento de Aragón, de tan brillante historia y que en el corto tiempo que lleva de estancia en esta villa, se ha captado las simpatías y el aprecio general, le ha correspondido organizar y mandar á la guerra filibustera un batallón expedicionario que parte mañana para Barcelona, en cuyo puerto embarcará con rumbo á la gran Antilla.

Habitantes de Olot: este pueblo viril que tiene fé y creencias, y por lo mismo, siente arder en su pecho la llama del más acendrado patriotismo, no necesita, en verdad, de excitación ni estímulo para demostrar á sus bizarros jefes y oficiales y á sus valientes y sufridos soldados, puñado de héroes anónimos que del pueblo salen y con el pueblo viven, que su corazón está con ellos, y que merecen toda su admiración y cariño.

Mañana, pues, que esos leales defensores de la patria marchan llenos de entusiasmo y ardimiento á derramar su sangre en lejanos países, es de nuestro deber que, concentrados todos en un puro y solo sentimiento salgamos en masa á darles una cariñosa y respetuosa despedida, evidenciándoles que nos hacemos partícipes de sus glorias y sufrimientos, que indefectiblemente han de repercutir en nuestros corazones, alentándoles á perseverar en la fé y confianza que tienen y por ellos abrigamos, en que no tardarán en llegar para España días mejores. que vislumbramos en las lejanías del horizonte del revivir nacional.

Es cuanto nos cumple hacer como fiel reflejo de nuestros sentimientos siempre generosos, y así lo espera de vuestra hidalguía y patriotismo, vuestro alcalde.—*Ramón Torras.*

Olot 20 de Junio de 1895.»

«Soldados: la población olotense con la que habeis fraternizado y de la que habeis sabido conquistar todas sus simpatías, os vé partir con profundo sentimiento á dó os llama vuestro deber de soldados y vuestro patriotismo de españoles.

Vais á defender de la rapacidad traidora de los filibusteros, la más preciada perla de nuestras Antillas.

Vuestra abnegación, vuestro valor y heroismo ingénitos en el soldado español, son garantías segurísimas de que no conseguirán aquellos hijos espúreos de España arrebatarnos aquel pedazo de tierra española; aquel resto sagrado de nuestro antiguo esplendor y poderío colonial.

Nuestro honor y el de vuestra inmaculada bandera están en ello empeñados; y, no lo dudeis, el Dios de los ejércitos premiará con el galardón de la victoria vuestros esfuerzos y heroismo, y la patria agradecida os contará entre sus más preclaros hijos.

Soldados: el pueblo olotense os acompaña en espíritu á aquellas apartadas latitudes, y hace fervientes votos para que después de haber ahogado en sangre la hidra del separtismo, regreseis á vuestros patrios lares, cubiertos de honor y gloria.

Soldados: ¡Viva España!, ¡viva Cuba española!, ¡viva el ejército!, ¡viva el regimiento de Aragón!—El alcalde, *Ramón Torras.*

Olot 21 Junio de 1895 »

* * *

El tren que transportó á Barcelona el contingente de fuerzas, perteneciente al primer batallón del regimiento de Aragón, á las que había correspondido marchar á Cuba, llegó á la estación férrea á las seis y media de la mañana del 22.

En el andén aguardaban á nuestros valientes soldados, el teniente coronel primer jefe de dicho batallón, señor Monteverde, el comandante del mismo, señor Hernández, y todos los oficiales que habían sido destinados á formar parte de él.

Las clases y la tropa llevaba guerrera usada de paño, pantalón de faena, morral y correa, para cambiarlo por un traje nuevo de mecánica.

Con las fuerzas que formaban dicho primer batallón, vino el abanderado llevando enfundada la enseña de la patria.

Así que descendieron del tren, formaron frente á la estación, y pasada lista y hallándose presentes todos los soldados, se dirigieron al cuartel de Roger de Lauria, donde fueron alojados hasta el próximo día de su embarque.

A las siete de la propia mañana llegó de Olot el contingente del segundo batallón, que fué á reunirse con el del primero en el cuartel donde habíase éste alojado.

A la llegada del primer batallón á la estación del ferrocarril, produjéronse conmovedores escenas.

Algunas mujeres del pueblo, madres ó parientes de los soldados abrazarónse á ellos llorando.

Al preguntar á algunos de ellos si marchaban contentos á Cuba, contestaron:

—Sí, señor: que remedio nos queda, sino conformarnos con nuestra suerte; no vamos á llorar como niños porque nos sea fatal el destino.

* * *

Llegó el día del embarque de las fuerzas expedicionarias, y Barcelona les tributó una despedida sino entusiasta, sí cariñosa y conmovedora.

A pesar del calor intenso y sofocante que se dejaba sentir aquel día y de los abrasadores rayos de un sol tropical que quemaba y despedía fuego de su rojo disco, un numeroso gentío acudió al muelle de la Barceloneta á presenciar el embarque y dar el adios de despedida á los valientes que iban á luchar en la manigua por la integridad de la patria.

Muchas fueron las escenas tristes que se desarrollaron en el muelle. Madres sofocadas por el llanto que besaban amorosamente y con la congoja que les producía el dolor de una separación quizás eterna á sus amados hijos; hermanos que se abrazaban en doloroso silencio, sin poder articular palabra; deudos y amigos que se estrechaban con efusión las manos y mutuamente se animaban con la esperanza de volverse á ver muy pronto; soldados que viéndose solos en el momento de partir, sin tener á su lado nadie que les diera un apretón de manos, embarcábanse tristes y pensativos, ó reflejando en sus rostros la mayor indiferencia; y, otros, en fin, que partían con el semblante risueño, llevando consigo el instrumento nacional, la guitarra; esa compañera inseparable del soldado español, que durante las eternas horas de un viaje largo y hastioso había de distraerles haciéndoles reír ó llorar, según las notas que vibraran de sus cuerdas...

Las tropas embarcaron en el trasatlántico *Alfonso XII*, á cuyo bordo pasaron las autoridades militares, civiles y eclesiásticas á despedirle. Mientras éstas permanecieron en el buque, la banda del Asilo Naval tocó varios paso-dobles, entre ellos el de *Cádiz*, cuyos patrióticos sonos lograron excitar algo el entusiasmo de los soldados que vitorearon á España y Aragón.

Al zarpar el vapor, escoltado por infinidad de pequeñas embarca-

ciones y por los vaporcitos *golondrinas* que le rodeaban, fué saludado con las banderas por la Sanidad marítima, los Clubs de regatas y el vigía de Montjuich, y vitoreado por el numeroso gentío que ocupando aquéllas le seguía y acompañó hasta la salida del puerto.



El pueblo de Madrid, entusiasta siempre en todas sus manifestaciones de patriotismo y de simpatía al ejército de la Nación, tributó también una despedida cariñosa y brillante al batallón expedicionario de San Fernando.

Desde las primeras horas de la mañana del 27, estaba el batallón dispuesto para marchar á Santander donde debía embarcar para Cuba á bordo del vapor *Alfonso XIII* de la compañía trasatlántica.

En la iglesia del Buen Suceso oyó misa, y por la tarde fué recibida la oficialidad por la Reina Regente, en el palacio nacional de la plaza de Oriente.

La Regente conversó largo rato con los oficiales, á quienes regaló cuarenta cajas de cigarros habanos, y cuatro mil tabacos peninsulares y cuarenta arrobas de rico Valdepeñas, para que fueran repartidos entre los soldados del batallón.

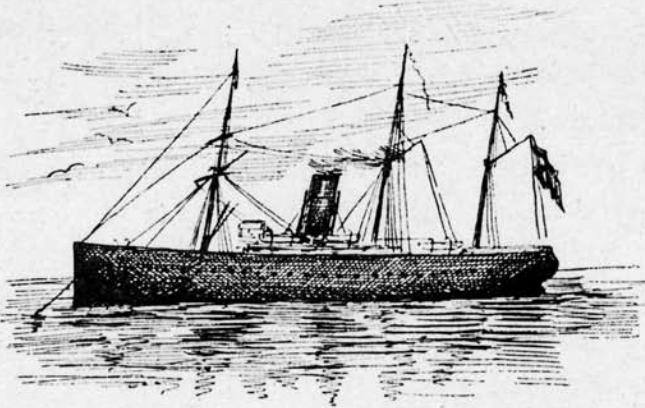
El obispo de Sión, repartió también entre los expedicionarios medallas de la Purísima Concepción.

El batallón formó, después de anochecido, frente al cuartel en que se alojaba, y salió en columna hácia la estación del Norte, seguido de una inmensa multitud que aclamaba y vitoreaba á las tropas.

Las mujeres seguían llorosas á los soldados, muchos de los cuales tenían que hacer inauditos esfuerzos para separarse de los brazos que les aprisionaban, como si intentaran retenerles é impedir que de ellas

los separasen. ¡Eran sus infelices madres y hermanas, que presintiendo iban á perderles para siempre no querían separarse de ellos hasta el supremo instante de la partida, cobrándose de una sola vez lo que la ausencia les iba á arrebatár por tiempo indefinido!

Asomadas á los balcones para presenciar el paso de las tropas, las señoras saludaban con sus blancos pañuelos á los expedicionarios, y en



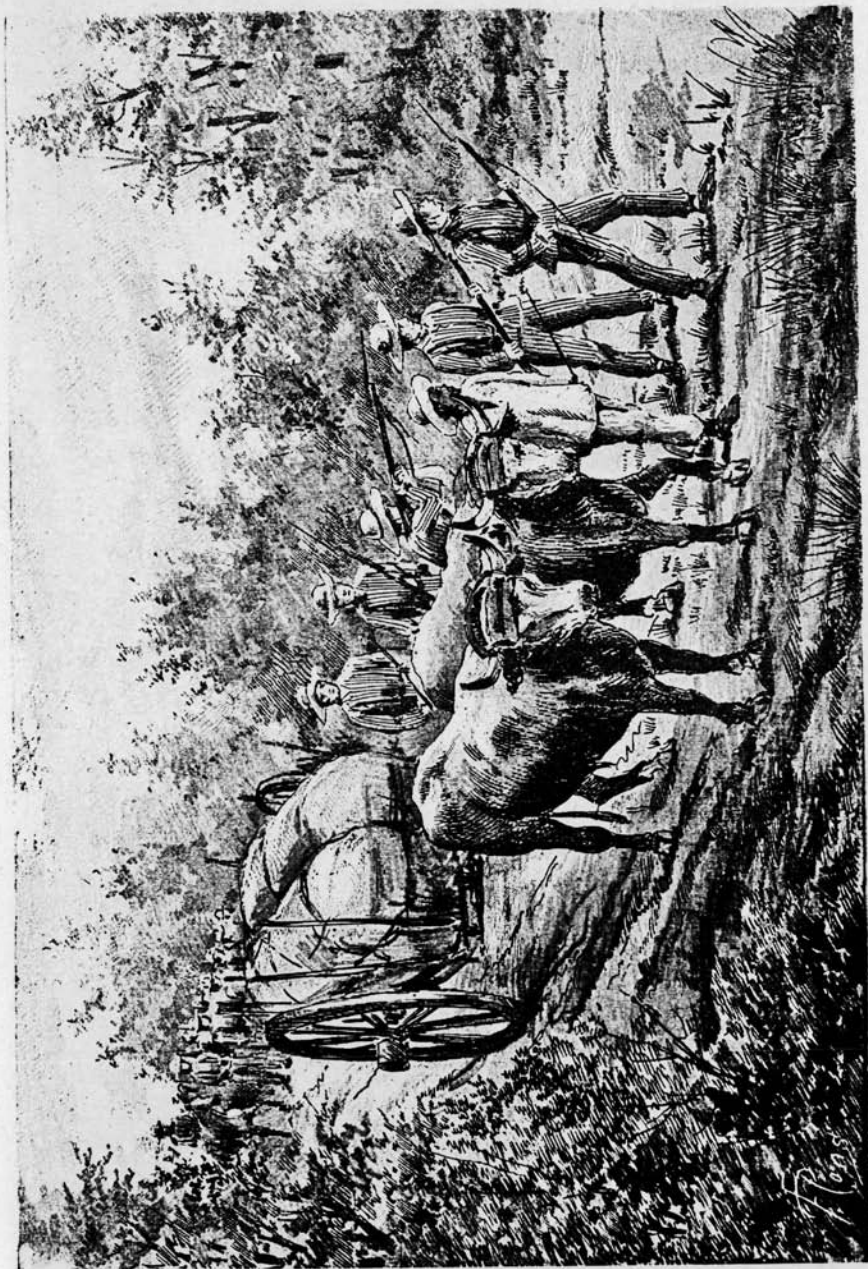
VAPOR TRASATLANTICO «MONTEVIDEO»

la estación aguardabales un numeroso gentío que había acudido á darles el adiós de despedida.

En el andén y en la plaza y alrededores de la estación se habían reunido y conglomerado unas diez mil personas, deseosas de manifestar sus simpatías y sus deseos á las fuerzas expedicionarias.

Muchos hombres y niños, para presenciar la salida del tren se habían encaramado á los árboles ó habíanse subido á lo alto de los vagones que se hallaban en distintas vías de aquél.

Fué tal la aglomeración de público en el andén y en las vías, que



CONDUCCIÓN DE UN CONVOY A JIGUANÍ

en el embarque de las tropas se invirtió mucho más tiempo del que se necesitaba.

Los soldados se despedían de sus familias, amigos y deudos, animándoles con la esperanza de un próximo regreso al hogar patrio, sanos y victoriosos.

* * *

Fueron tantas las tristes y conmovedoras escenas de que fué teatro el andén de la estación, que sería prolijo y se haría pesado á nuestros lectores enumerarlas todas, una por una.

Entre la multitud conglomerada en el andén, veíase á una mujer de humilde aspecto que había llegado de Burgos, para despedir á su hijo.

La desventurada madre no cesaba de abrazar y besar al conmovido soldado.

—Hijo de mi alma,—decía la infeliz entre abrazo y beso—¡sabe Dios si te volveré á ver!...

—No piense V. en eso, madre,—contestábale con emocionado acento el militar—para Noche buena ya estoy de vuelta.

Al llegar el fatal y cruento instante de la separación, costó gran trabajo al hijo poder desprenderse de los brazos de su madre, á quien en vano se esforzaba en consolar con la lisongera esperanza de un próximo regreso.

.....
En otro lado veíase un interesante grupo, formado por tres agraciadas jóvenes y un apuesto militar.

Este, con voz velada por el sentimiento que embargaba su alma, decía:

—No lloreis: rezar y encomendarme á la Virgen del Pilar, y vereis cómo vuelvo sano y salvo.

Una de las jóvenes, anegada en llanto, entrególe un escapulario con la imágen de la Virgen que acababa de invocar.

Después, y sucesivamente una tras otra, se arrojaron llorando las tres en brazos de su hermano.

Las voces de los jefes ordenando el embarque, obligaron al conmovido militar á desprenderse de los brazos de la tercera de las jóvenes, que le tenían aprisionado y le estrechaban contra su agitado pecho, y dando un postrer y rápido beso á cada una de ellas, corrió á arrojarle con los ojos arrasados en lágrimas, en uno de los coches, cayendo en brazos de sus camaradas, que conmovidos habían presenciado la triste y dolorosa escena.

* * *

El batallón de San Fernando iba mandado por el bizarro teniente coronel don Luís Moreno Navarro, el cual no había estado nunca en Cuba, y gozaba de una magnífica posición social.

La oficialidad la componían los comandantes don Baldomero Borbón y don Domingo García; los capitanes don José Miquel, don Cándido Gómez, don Francisco González, don Bartolomé Latorre, don Trinidad Casanovas, don Joaquin Alvarez, don Julián Larroy y don Luís Galán.

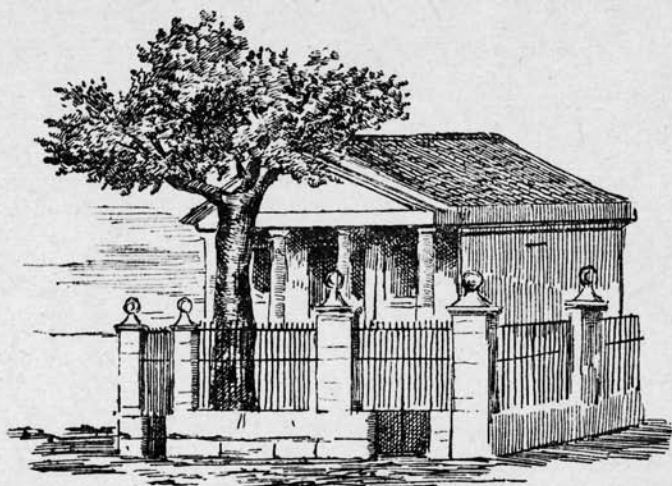
Formaban también parte del citado batallón, 18 primeros tenientes y ocho segundos, y cinco sargentos, ocho cabos y 137 soldados por compañía.

La mayoría de los soldados procedían de las provincias catalanas, de Extremadura y Burgos.

La banda de cornetas iba con el batallón.

En ella figuraban cuatro niños, el que más de 14 años de edad. De ellos uno conocido por el apodo de *Chicharra*, hacía tres meses que había ingresado como educando.

Este y otros dos, marchaban voluntarios á Cuba, y al restante, que era natural de Madrid, le correspondió en suerte.



EL TEMPLETE (Habana)

Monumento elevado en un ángulo de la plaza de Armas, en conmemoración de la primera misa que Colón hizo celebrar en la isla de Cuba

Entre los soldados iba uno, natural de Fuente Ovejuna (Córdoba), á quien la suerte le había designado marchar por tercera vez.

Las dos primeras, cambió su suerte con otros soldados mediante entrega de cantidades en metálico.

Al verificarse el tercer sorteo y corresponderle nuevamente *bola negra*, no quiso ya oponerse á su sino y resignose con su suerte.

Al despedirse, en la estación, de sus camaradas y amigos, les dijo:

—Yo me empeñé en no ir á Cuba, y el destino se ha empeñado, á

su vez, en que vaya. A la tercera vá la vencida, ¡sabe Dios lo que me tendrá reservado en la campaña contra los *mambises!*

.

Al fin, llegó el supremo instante de la partida y el doloroso momento de la separación indefinida para muchos; eterna, quizás, para algunos.

El jefe de estación dió la señal de marcha, hizo sonar el pito el jefe de tren, el mónstruo de hierro abrió sus válvulas, y dando al aire un agudo silbido y vomitando vapor por sus costados y denso humo por su ancha chimenea, arrancó magestuoso arrastrando el convoy.

Al partir el tren, un nutrido y entusiástico grito de ¡viva España! salió de todos los labios y pobló los aires, yendo á perderse en las inmensidades del espacio.

* * *

A las nueve de la mañana del 28 llegó á Cadiz el batallón expedicionario de Baleares, mandado por el teniente coronel don Antonio Torrecillas.

Al pasar el tren por Jerez fué saludado el batallón por comisiones de la guarnición de aquella ciudad.

En Cadiz fueron recibidos los expedicionarios por los generales Rodas y Castillejos, comisiones de la guarnición con música, y numerosa concurrencia, en la que figuraban muchas familias de soldados de Baleares, que eran hijos de Cadiz y su provincia.

Esto dió lugar á despedidas muy tiernas, y á escenas en extremo conmovedoras.

Inmediatamente se dirigió el batallón al muelle, embarcando en el trasatlántico *Baldomero Iglesias* la plana mayor y cuatro compañías.

El resto de la fuerza debía hacerlo al siguiente día con el batallón de San Fernando, en el vapor *Santo Domingo*.

Los soldados iban contentos. Al llegar á la estación asomábanse á las ventanillas de los coches, agitando los pañuelos y gorras y dando estruendosos vivas á España y á Cadiz.

Durante el embarque hubo la misma animación que en los días anteriores y se reprodujeron las tristes escenas de siempre entre los que partían y los que se quedaban.

Al amanecer del 29 zarpó el *Baldomero Iglesias*, conduciendo además de las cuatro compañías y la plana mayor de Baleares, muchos jefes y oficiales rezagados de expediciones anteriores.

* * *

El día 29 á las seis de la mañana llegó á Cadiz el tren que conducía el batallón de San Fernando, procedente de Madrid.

En la estación esperaban á las fuerzas expedicionarias los generales Rodas y Castillejos y todo el elemento militar, con música.

Los soldados demostraron gran entusiasmo, dando constantes vivas á España y á Cuba española, y mueras á los filibusteros.

El público, que era muy numeroso, les aclamó acompañándoles hasta los muelles, donde formó el batallón.

El general Rodas los revistió antes de embarcar y felicitó al teniente coronel que los mandaba, y todos hicieron grandes elogios del brillante estado de disciplina y entusiasmo demostrados por el batallón de San Fernando.

El entusiasmo de los soldados fué delirante, vitoreando á sus jefes y á España.

A las ocho de la mañana dió comienzo el embarque en balandras

remolcadas por vaporcitos, habiéndose efectuado sin incidentes. Embarcó también el resto del batallón de Baleares.

Las familias de los expedicionarios, abrazando á sus parientes decían llorando.

—«No volveremos á verlos: ¡ya no volverán!»

La impresión producida por estas conmovedoras escenas, fué muy grande, tomando en ella parte todo el público.

A las cuatro de la tarde zarpó el vapor *Santo Domingo* llevándose los últimos soldados correspondientes á la segunda de las expediciones á Cuba.

¡España les acompañó con el pensamiento y el alma!

